

ROBERTO MATTA

LA IMAGINACION DESBORDA A LA IMAGEN



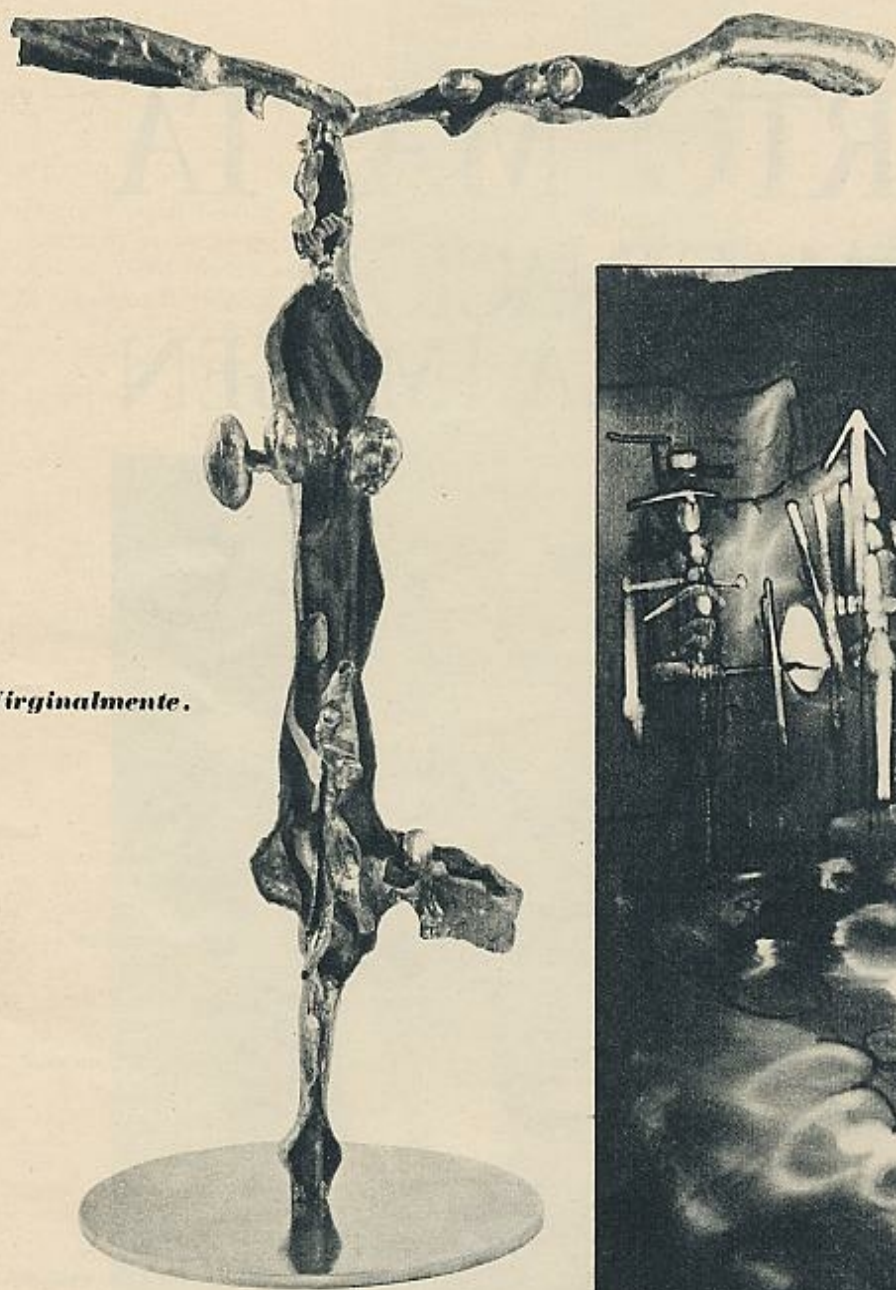
Por JOSE M.^o MORENO GALVAN

«No te cases nunca con una millonaria norteamericana: es carísimo» —me dijo una vez, aquí en Madrid, Roberto Matta—, y luego, como apoyando su propia afirmación, añadió: «A la hora del divorcio, se lo llevan todo». Entre sus múltiples experiencias de divorcio, a Matta no le falta el de una millonaria americana. Sus consejos, en ese sentido, llegan hasta los detalles más prácticos y minuciosos: «Lo mejor para divorciarse es escaparse de casa sin zapatos y de puntillas, para que ella no te oiga; luego viene todo lo demás, pero a distancia: lo más difícil es la bronca de ruptura». Matta dice todo eso muy serio, se diría que sin humor. Es

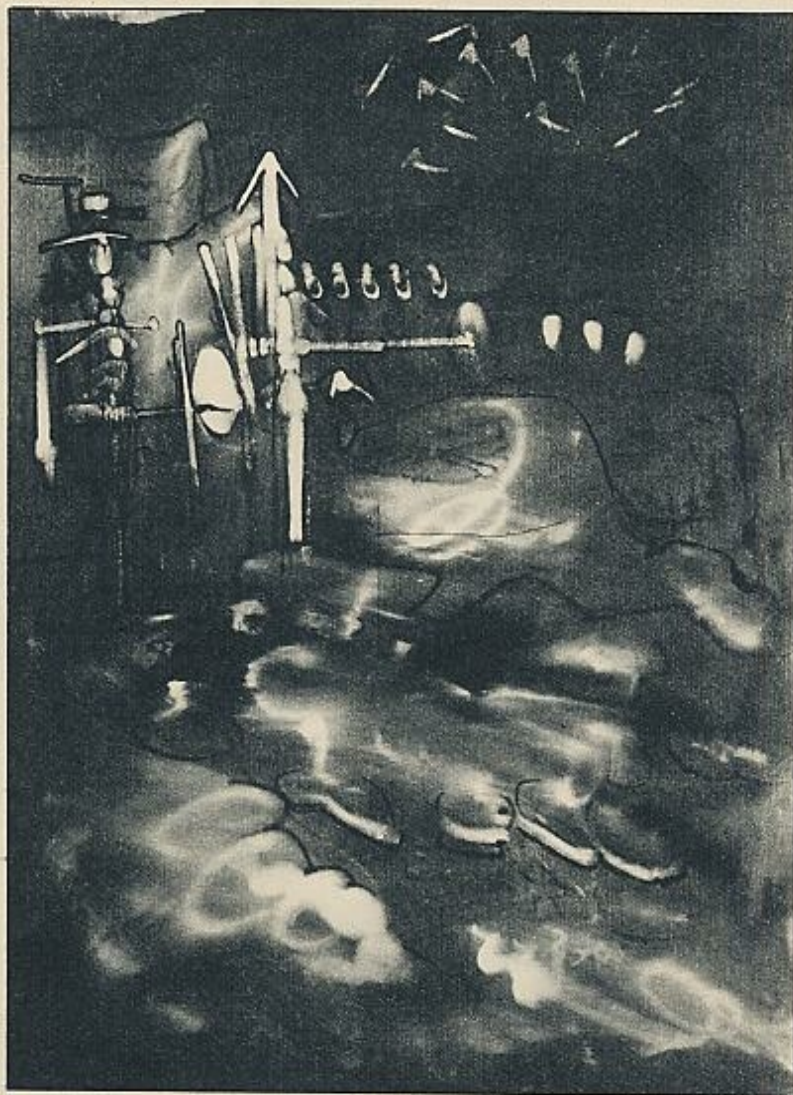
que el humor forma parte de su propia naturaleza y ni siquiera es consciente de él. Ahora está haciendo una exposición en Madrid —en la galería Iolas-Velasco—, pero él no ha venido aún. Yo me lo encontré en París, en la inauguración de la exposición Miró, y me dijo que estaba celebrando —allí— su exposición de Madrid. Luego, me invitó a irme con él a Roma aquella misma noche, para volver por la mañana a París. Es una pena que yo no hubiese podido aceptar aquella loca invitación: un paseo con Matta, aunque sea en avión, siempre es enriquecedor. Pero a Matta es muy difícil seguirle: es difícil seguirle en imaginación viajera, en pintura y en agilidad mental. Por

lo visto, es difícil seguirle también en velocidad matrimonial...

Roberto Sebastián Matta Echaurren... (a él ahora le gusta llamarse así, con ese nombre locamente prolongado, como es de loca y prolongada la geografía de su país, Chile. Y cuando alguien le llama Roberto a secas, él levanta el índice, a manera de reconvención, y reclama: ¡Sebastián! ¡Sebastián!)... Pues ese Roberto Sebastián y etcétera nació en Santiago de Chile en 1911, concretamente el día 11 del 11. Iba para arquitecto, pero cuando ya estaba con un pie en la profesionalidad, con el título en el bolsillo y trabajando en el estudio de Le Corbusier...



Virginalmente.



La ausencia del hombre.

cambió de profesión y se dedicó a la pintura... Es decir, no, se dedicó al surrealismo. Esos cambios inesperados en sus direcciones son muy peculiares en él. Una vez, aquí en Madrid —lo cuento en el catálogo de su exposición—, cuando ya iba en taxi para el aeropuerto en tránsito hacia Cuba, se acordó de que no conocía la mezquita de Córdoba. Y, según me lo explicaba él mismo, dos días más tarde, con toda su lógica persuasiva, «como resulta que el taxista era de Córdoba», cambió el rumbo del taxi en dirección a la mezquita... Lo de los matrimonios, seguramente también podría explicarlo así: Cuando ya estaba con un pie en su destino de padre de familia, se acordaba de que no conocía a tal mujer, que había aparecido inopinada-

damente en su camino, como cualquier taxista cordobés... Este Roberto Matta, como se ve, es especialista en cambios de dirección bruscos... pero llenos de lógica: Si, todos sus cambios de dirección tienen una lógica estrictamente surrealista. Pero, atención, hay direcciones que Matta no ha abandonado nunca desde que las tomó en la edad juvenil de las intuiciones. Por ejemplo, la dirección de la lucha por la justicia...

Pero estoy en un terreno que no es el mío: en un terreno más biografista que crítico. Es muy difícil eludirlo, cuando trato de hacer una semblanza de Roberto Matta, que no sólo tiene biografía, sino que, además, su vida está presionando permanentemente sobre su obra... Me pa-

rece que lo que verdaderamente importa aquí es hacer una semblanza pictórica de Roberto Matta.

Todo el mundo sabe que Matta es un surrealista. Más aún, Matta es el hombre y el nombre que justifica hoy, a escala mundial, al surrealismo como tendencia. ¿Pero no habíamos quedado en que el surrealismo se había diluido ya en la vida de todo el arte, que había dejado de ser tendencia para convertirse en potencia; que ya, como el surrealismo había pasado a ser como la levadura de todo el arte posterior, nadie podía monopolizarlo y, por tanto, nadie podía considerarse estrictamente surrealista? Sí, pero uno de los actores de esa, llamémosla así, transformación surrealista —de esa metamor-

ROBERTO MATTA

LA IMAGINACION DESBORDA A LA IMAGEN



Paseo de Venus.



La viña crece bajo cada pie.

fosis hasta llegar a ser la levadura del arte— es Roberto Matta. Matta es, por eso, uno de los pocos hombres —en el mundo— que podía provocar la transformación del surrealismo sin dejar de ser surrealistas. El es —y utilizaré un símil que podría ser surrealista— como una sal que podría darle salinidad al agua sin diluirse...

Para eso necesitaba operar en determinadas condiciones. Y operó. El problema era el siguiente: yo he escrito aquí, en estas mismas páginas, que el gran pecado del primer surrealismo fue haber confundido a la realidad con la representación, y que cuando pretendió llegar a una super-realidad, alcanzó solamente una super-representación. Ese obstáculo lo salvó, en

solitario, Miró, quien nunca se dejó llevar por la beatería de la representación ni por su contrario, e hizo verdaderamente una pintura super-real. Pero el surrealismo, a escala colectiva, vivía aún maniatado por la dictadura de la imagen... Hasta Matta. ¿Qué es lo que ha hecho Matta? Matta ha desbordado a la imagen... con la imaginación. Matta ha llevado, efectivamente, a la imaginación al poder pictórico. Esa es su obra. Y con él han estado muy pocos más.

Por eso, por esa prioridad de la imaginación sobre la imagen, es por lo que los cuadros de Matta no son los de un pintor, sino los de un surrealista. No quiero decir que Matta desprecie a la pintura: simplemente, a él le es indiferente. A él lo

que le interesa es la realidad, la super-realidad...

Aún podría añadir algún dato a su anárquica biografía. Un día, en el Madrid de los años «treinta y tantos», Matta, el joven arquitecto, le enseñó sus dibujos ocasionales a cierto joven poeta llamado Federico García Lorca. El poeta le dio una carta para que, en París, le enseñase esos dibujos a cierto pintor amigo suyo, llamado Salvador Dalí. El pintor llevó al joven arquitecto a la presencia de un señor llamado André Breton que, ése sí, era conocido: era el gran pontífice del surrealismo. Ahí empezó todo. Ahí empezó el primero de los grandes cambios de dirección, en lo que Matta fue, luego, un consumado especialista.